

CAPITULO XLVII.

LOS PODERES CAIDOS.

Día 8 de Setiembre.

El Gobierno provisional está constituido. Lo forman todos los diputados republicanos de París que el mundo conoce y admira. Entre ellos se encuentran los antiguos ministros del Gobierno de 1848, Garnier-Pages y Cremieux; el gran orador de la izquierda Julio Favre; el elocuente publicista que ha difundido tantas ideas en la juventud contemporánea, Pelletan; el joven que reúne á las extraordinarias dotes de una elocuentísima palabra toda la madura sensatez de un hombre de Estado, Gambetta; el ingeniosísimo Picard, que en vísperas de perderse al borde oscuro de un ollivierismo incomprensible, se ha rescatado por la revolucion para la República; hombres todos de alta inteligencia, de antiguos y probados servicios, cuya honradez de carácter está unida fuertemente á un exaltado patriotismo.

A todos ellos se encuentra reunido Rochefort, recién sacado de la cárcel. Gambetta suprimió su nombre en la primera lista del Gobierno Provisional; mas el clamor público

le incluyó con grande imperio. La República está fundada sin dolores, sin lágrimas, sin desórdenes, como una consecuencia necesaria de las derrotas imperiales, como un fruto espontáneo de la opinion pública; y en medio del peligro, entre ruinas, bajo la tempestad, es como la inmaculada esperanza del espíritu humano que rompe la cabeza de la tiranía.

Mas los poderes que la República suprime ¿cómo en estos momentos supremos se defienden? La Emperatriz permanece en su puesto. En vano la muchedumbre se agita, se encrespa, rodea el palacio, amenaza invadirlo; hasta en aquellos momentos supremos vela con heroica resignacion por el resto último de autoridad confiado á su custodia. Su pariente Fernando Lesseps, el Hércules del istmo egipcio, le ha presentado un proyecto de abdicacion espontánea en la República, proyecto concebido por la cabeza volcánica de Girardin, á quien sus veleidades monárquicas dejan fuera de la gravitacion republicana, á pesar de tener una pluma que debió

haber sido constantemente como un rayo de luz proyectado sobre la cabeza de Francia, y que por culpa de esas veleidades, indiscutibles en quien tiene tantos talentos, sólo ha sido como un extraño cometa. La Emperatriz consulta el proyecto al Consejo de Ministros, y el Consejo de Ministros dice que no es oportuno, que todavía puede y debe salvarse la dinastía. Cuando acababan de dar sus consejos esta esperanza á la Emperatriz, el pueblo rompe por todo, invade, llega á la gran puerta, y la Emperatriz por la puerta secreta de la calle de Rivoli se lleva tras sí, como María Antonietta en 1792, como María Luisa en 1814, como la duquesa de Berry en 1830, como la duquesa de Orleans, en 1848, el poder y la fortuna de su dinastía.

El Senado, otro de los poderes caídos, celebra una sesion bizantina. Uno de los senadores, que no protestó contra la indigna comedia del destronamiento simulado, se levanta á dar un viva á la dinastía, viva tan siniestro como el ruido de esqueleto cayendo en una huesa. Los más valerosos proponen la sesion permanente. Pero la prudencia prevalece sobre el valor, y el Senado se separa prometiendo reunirse á la noche; y sólo se ha reunido en la noche eterna. Un mensajero del Gobierno Provisional pone los sellos del Estado sobre las puertas de aquellos espléndidos salones y declara disuelta la Asamblea aristocrática, escudo del Imperio. La historia condenará á desprecio eterno aquella madriguera de cortesanos.

La mayoría del Cuerpo Legislativo se reúne en el palacio de la Presidencia. No hay ninguno de los presidentes legítimos. Thiers preside. Julio Favre corre á declarar que el pueblo ha tenido á bien proclamar con unánime grito la República, y que los diputados de París, incapaces de abandonar al pueblo en la hora de la desolacion y del peligro, habian recibido su mandato y proclamado tambien la República. Julio Simon confirma las palabras de Julio Favre, y añade que Rochefort, en

cuya prudencia confia, ha entrado en el Gobierno Provisional, y que si Thiers no ha entrado ha sido por haber opuesto incontrastable negativa.

Los diputados imperialistas, luego que los dos individuos del Gobierno Provisional se han retirado, gritan, vociferan, protestan, recuerdan que ellos son representantes del sufragio universal, se indignan contra las manos alevos que han puesto los sellos del Estado en el edificio del Cuerpo Legislativo. La palabra final ciertamente faltaba á esta escena. Thiers la tiene guardada en su agudo ingenio hace veinte años. Es un dardo que traspasa de parte á parte los corazones de todos los imperialistas. Es una evocacion á la justicia. Es la moral de toda esta gran tragedia, moral destilada y reducida á su última esencia. Oidle, oidle. El primer trágico del mundo, Esquilo, Shakespeare, Calleron, jamás hubieran hallado un final más propio del Imperio. La historia inspira disgusto de la novela; porque no hay novela, ni tan dramática, ni tan lógica, ni tan interesante como la historia. ¿De qué os quejais? dice Thiers. ¿De que han puesto sus sellos al edificio de la Representacion Nacional? Pcor fué sellar á los representantes. Y aun no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el Dos de Diciembre. ¡Yo soy un prisionero antiguo de Magaz!! Con esta carcajada concluyeron las Asambleas del Imperio. Hay Providencia.

Dia 9 de Setiembre.

Continuemos, continuemos viendo la providencia en la Historia. Hace pocos dias aun que los periódicos imperialistas amenazaban de supresion á la nacionalidad belga. Unánimes decian que las intrigas encaminadas á traer un rey prusiano al sòlio español habian sido urdidas por Leopoldo de Bélgica. Esta invencion tenia por único objeto comprometerlo en el dia del combate para exigirle en el dia de la victoria una inmensa responsabilidad. Aun no habia pasado un mes, y el Emperador Napoleon entraba prisionero en el

territorio mismo de la nacion vecina, cuya independencia habian amenazado á una señal suya todos sus cortesanos.

El dia tres por la noche durmió en Bouillon. Iba como siempre cercado de fausto, seguido de generales, custodiado de pomposos lacayos como si no quisiera perder el aparato, ya que ha perdido la realidad del poder. Varios generales del ejército prusiano le acompañaban para demostrar que aquel hombre no era un Emperador sino un prisionero. Me parece que todavía lo veo atravesar por delante de mi humilde casa de campo en los bosques de Anteuil, cuando iba acompañado hace cuatro años del Emperador de Rusia, del Rey de Prusia, de todos los príncipes alemanes que hoy le combaten, de Bismark mismo, á mostrarle su invencible ejército. No he olvidado aquella nube de bandas, de cruces, de espadas relucientes, de cascos dorados, plateados sobre los cuales brillaban plumeros de todos los colores del iris, argentadas águilas en actitud de hendir los aires. Me parece que oigo piafar los caballos, resonar las músicas, tronar los cañones, resonar los aires de gritos dados por aquellos ejércitos, sobre cuyos aceros se partian en mil brillantes centellas los rayos del brillante sol, que ha iluminado tantas victorias de los Bonapartes. ¡Y hoy es prisionero de sus antiguos huéspedes!

Y no sólo prisionero sino que, segun todas las noticias, le han hecho apurar hasta las heces el cáliz de la ignominia. Llegó á las siete de la mañana y no le recibieron hasta las once. Cuatro horas estuvo en triste patio; al borde de un estanque, sentado sobre un banquillo y entre dos coraceros. El que le vió primeramente fué Bismark. No tengo mando ninguno en el ejército, ni en la nacion, dijo á Bismark. Entonces el gran canceller se retiró y apareció el rey. Este empezó por tratar dura-

mente á Napoleon y concluyó por sentirse conmovido ante su grande infortunio. Le señaló por fin la residencia de Cassel, un palacio inmenso, con jardines de gran extension, altas pirámides rematadas por estatuas colosales, surtidores y cascadas, estanques, uno de esos nidos que los príncipes alemanes se fabricaban en el siglo pasado, y que tras una inmensa cortina de altísimos árboles, ocultaban ameno paraíso, en torno del cual yacian tristemente, en cabañas húmedas y diminutas, sobre montones de paja, familias de siervos que parecian ganados de bestias salvajes, condenadas, ya á la guerra, ya á viles y continuos trabajos.

En el trayecto recibió los homenajes de varias personas, del conde Montholon, del príncipe Pedro Bonaparte, que se conmovieron y lloraron. Él iba sereno, impassible, vestido de general, con el képis inclinado sobre el ojo izquierdo, sin más preocupacion que contemplar el curso interior de su pensamiento, y la blanca leve nube engendrada por su cigarrillo humeante siempre, que se dissipaba en los giros del aire.

En el camino sólo pudo sacarle de su indiferencia un telégrama en el cual se le anunciaba que su hijo habia llegado á Namur. La muchedumbre, llevada de su eterna curiosidad, siguió al heredero de tanto imperio, y encontró en su cara pálida, en sus ojos vidriosos, en su andar cansado, en sus labios descoloridos, todas las señales de un gran dolor y un gran desaliento. ¡Pobre niño! Le habrán educado mostrándole cercana la perspectiva de un gran trono, y al penetrar en la juventud se encuentra con un sueño desvanecido y por toda realidad el dolor y por todo dominio el destierro. Ya habrá encontrado algun lenitivo á estas tristezas en el regazo de su madre.